



Prometeo & Cía
Eduardo Wilde

Este libro, algunas veces considerado como una colección de «artículos literarios», se trata de un libro de cuentos. En verdad, no siempre es fácil delimitar los géneros en este autor: sus textos atraviesan una tierra de nadie entre el relato, la divagación filosófica y el ensayo informal, todo eso coronado por un soplo poético; por eso no es raro pensar en Borges cuando lo leemos. Sus cuentos adoptan los más diversos patrones, tonos y temas narrativos. Parece no haber núcleo en el excéntrico mundo de ficción de este escritor fragmentario y asistemático.

Son textos cortos, de ocasión. La diversidad de géneros en que se desarrollan pone de manifiesto la amplitud de intereses de la mirada de Wilde. Cuentos, poesía, relatos de viaje, artículos de costumbres, cartas, todo esto se encuentra en este libro. El humor, y la ironía en muchos casos, es el tono con el que están escritos.

La lluvia es un cuento ejemplar y figura justificadamente en numerosas antologías. Pero no puede llamársele «cuento» sin hacer una salvedad: como otros en su obra, se trata de un relato no argumental, esa forma de discurso poético-narrativo que hoy practican muchos escritores para someter a prueba los límites del género. El texto es una lírica meditación sobre un fenómeno natural que pone la imaginación en libertad y la despliega en varias escenas cuyos tiempos y espacios no son secuenciales. Escrito en 1880, *La lluvia* es un relato modernísimo y fundamental en la historia del género.

La Nación, en su edición del 5 de febrero de 1899, consideraba que en los textos reunidos en este libro, no se pierde «la agudeza del concepto, la riqueza de la expresión, el vigor del colorido y, sobre todo, la galanura de la ironía amable y penetrante que flota sobre todos ellos».

La reunión de algunos de sus escritos en este libro obedece quizás al intento de Wilde de salir del descrédito al que la política y la actuación pública lo habían arrojado. El lugar del escritor crece por sobre el lugar del funcionario, y parece innegable la aspiración de que sus libros diluyan las manchas de la ignominia. Quizás a ello se deba su estrategia de selección de escritos en otro tono de su escritura: el pasaje de la polémica directa a la ficción lúdica e irónica.

En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas de la edición de 1899, a partir de la cual se ha realizado esta.

«PROMETEO^[a]»

(CANTO DEL POETA OLEGARIO ANDRADE)

CARTA AL AUTOR

Muy señor mío:

Usted es un hombre impertinente.

Nosotros estamos mui ocupados i no tenemos tiempo para leer versos.

Hace usted mal en obligarnos a leer los suyos.

¿No podia usted haber hecho versos malos, para no sacarnos de nuestras ocupaciones habituales, como quien saca de los cabellos un hombre que se ahoga?

Estamos ocupados de la Bolsa, de las cédulas hipotecarias, de la tarifa de avalúos, de la ley de papel sellado, i del banco nacional, que anuncia con gran pompa operaciones y no descuenta un pagaré de cinco pesos, firmado por Rothschild.

I usted nos habla de Prometeo.

¿Quién era ese Prometeo?

¿Era algún ajiotista?

¿Tenia acciones de las minas de Amambay i Maracayá?

¿O era esportador de frutos del país?

No, nada de esto era. No se ocupaba de ninguna de esas profesiones que hacen la ruina de algunas familias i la

fortuna de uno que otro asiduo en la especulación.

¡Se ocupaba del libre pensamiento!

¡Valiente profesion i mui socorrida en estos tiempos ultramontanos!

Seguramente, señor Andrade, usted vive en la luna.

Cuando usted eligió por tema a Prometeo, yendo a desenterrarlo de los cementerios mitológicos, se olvidó del pueblo en que vivía i aunque su canto ha sido leído i comentado por todo el mundo, tenemos el patacón a 31.75 i el precio de la harina se sube a los cielos.

¿No temió usted la crítica?

Eso muestra un espíritu independiente, pero poco comercial.

La crítica por suerte, ha sido favorable a su canto, pero porque solo se lo ha mirado bajo la faz literaria.

Desgraciado de usted si en vez de ello, hubiéramos examinado sus estrofas a la luz de la economía política i de los intereses mercantiles, en este pueblo esencialmente comerciante.

La crítica he dicho i he debido decir el elogio.

Su canto es como el brillante; encierra el mayor valor en el menor volumen.

Tiene doce millones de facetas i en cada una de ellas se refleja todo, desde la luz sombría de los infiernos hasta los destellos que emanan de una lágrima tierna.

Cuando quiera usted saber el valor de una cosa, préguñteselo á los instintos.

El sistema nervioso de un niño critica mejor que los autores clásicos.

Yo estimo mucho la opinion de los caballos sobre pintura, desde que el caballo de Alejandro juzgó un cuadro de Apeles.

El juicio de los perros sobre estatuaria i sobre música, es de un valor inmenso.

Véalos usted como ahullan i corren, cuando oyen la pseudo-música de los organitos i recuerde la historia del perro

que se abalanzó a una estatua que representaba un mendigo.

Pero aun podemos ir mas lejos en materia de crítica sobre estética.

Hasta los objetos inanimados nos dan su opinion indiscutible sobre las obras de arte i sobre la naturaleza que les sirve de orijinal.

El reflejo de la luna que se mira en el mar, es la opinion de las ondas sobre esa solterona desolada i vagabunda que se pasea por el éter.

El eco del trueno en las montañas, es la opinion de las rocas sobre el fragor de la tempestad.

No se oculta la luna tras de una nube sin que el mar arrugue la frente i nos mande una mirada sombría.

No huyen las notas de una tormenta flajelando las crestas de los montes o revolviendo sus senos, sin que las masas de granito modulen en su queja, todas las armonías que la tempestad les inspira.

¿Qué somos nosotros ante tales críticos?

¿Se ha mirado usted alguna vez en un espejo, ese terrible censor de todas las mujeres feas de la tierra?

¿Piensa usted que haya una opinion mas imparcial i justa sobre la belleza, que la opinion de los espejos planos?

I sin embargo, ni los mares, ni las rocas, ni los espejos tienen instinto ni sistema nervioso.

Pero tienen mas que esto; tienen siempre razón.

El mas hábil casuista no convencerá jamás a un espejo plano, de haber dicho mentira sobre la belleza de una cara discutible; él, con la imparcialidad de su capa de azogue, proclamará la verdad si la cara lo enfrenta en plena luz.

Pues yo, señor Andrade, que no soi espejo plano, me veria en el trance mas apurado si quisiera juzgar su Prometeo; la impresion infantil se espresaria mejor que yo i me avergonzaria con sus estremecimientos injenuos.

Cuando recibí el folleto que usted me mandó, un niño de cinco años me hacia pasar el examen mas difícil que ha-

ya dado en mi vida, preguntándome quién era Dios, punto de teología sobre el que cualquier niño apto para preguntar, es capaz de correr a todos los padres de la iglesia.

El canto me sacó de apuros.

—«Prometeo» contesté al filósofo inflexible.

El niño abrió tamaños ojos i me miró con aquel aire de convicción con que suelen mirar los miembros de las cámaras legislativas, a los ministros interpelados, cuando estos les contestan un absurdo ajeno á la cuestión i que no obstante los deja satisfechos.

Luego leí en alta voz el primer verso.

El niño abrió la boca i pensó que seguramente iba a saber quién era Dios, cuyo otro nombre, Prometeo, le sonaba tan bien.

Leí toda la estrofa. El niño dejó su trompo i un durazno mordido en el suelo, para tener las manos libres, con lo cual le sería mas fácil entender el caso.

Leí la segunda i la tercera.

El niño pasó la cabeza por debajo del arco que formaban mis brazos.

Continué leyendo. Santo Tomás mui preocupado de su teodisea, paseó sus ojos serenos sobre los versos, buscando el retrato de Prometeo.

—¿Vas a oír todo? le dije.

—Seguí papá, me contestó, dando vuelta la hoja con su deseo, en busca del retrato.

¡Adelante! Las palabras salían de mis labios con entusiasmo, de ellos que no se entusiasman jamás i que no han sido hechos para leer versos. Las frases salían como torrentes, desmontando, destruyendo, destrozando, arrebatando, embistiendo, atropellando, blasfemando, ruiendo como las olas del mar, como el trueno, como el viento, como la cólera.

—Seguí papá.

Rodó la turba impía en espantoso vértigo a la tierra... Sobre la negra espalda i entre el espeso matorral de rocas,

que fueron la melena sudorienta, donde cuelgan las nubes vagabundas sus desgarradas tocas i en la noche desciende a dormir fatigada la tormenta! ...

Mi pecho se fatigó como la tormenta, mi voz se cortó, mis pupilas se dilataron ante la colosal figura de la nube que cuelga su toca de luto en los picos de las rocas. No tuve aliento, quise absorber, asimilar, entender i admirar en toda su magnitud la belleza inimitable de esas espresiones, decoradas por la luz de las tempestades del infierno.

—Seguí papá.

I los versos salian de mi garganta como cascadas, como huracanes, golpeando, saltando, roncando, renegando, ensordeciendo como los yunques del averno, como las olas, como el trueno, como el viento.

El niño se estremecía asustado; pegó su cuerpo al mío; su corazón como el de un pájaro, golpeaba la caja endeble de su pecho, i atraído por el abismo, por la tormenta, por las nubes, soltaba su imajinacion de cinco años, a la orilla del rio, donde sus oidos recojian los ruidos de las olas i sus ojos veían a lo lejos, balancearse los mástiles de los buques, negros por la distancia, sombríos por la soledad i la profundidad del agua encrespada.

¡Un arrullo delicioso i aterrador engolfa su cerebro comprimido; un misterioso vértigo infantil hace jirar sus impresiones; un falansterio de imájenes increíbles aprisiona su mente envolviéndola en un torbellino de cosas que oye, que entiende, que adivina, que teme por instinto i que admira por intuicion! Ya sus ojos no buscan el retrato de Prometeo, paseando con ajiles pies sobre las letras impresas; las palabras lo han mareado; su pensamiento en embrion vaga como un sonámbulo entre las rocas, sobre las nubes, bajo los orbes. El mar rujiente, los torrentes, las sombras, las águilas voraces i aquel cuervo que clava su pico en el cuerpo del héroe encadenado, lo han estasiado i su pobre i pequeña cabeza, prefiere recostarse i dejarse llevar al caos por las impresiones encontradas, antes que buscar entre la

luz de los volcanes i el rayo refulgente, la silueta de Dios que huye i se disuelve en la sonora palabra «Prometeo».

Una pausa i un suspiro!

I la palabra cansada, quebrada por la enerjia de la expresion que desafía, que injuria i que amenaza; fatigada del esfuerzo que ha hecho para poblar de moles los espacios, abre las puertas del porvenir, deposita su encono, se dulcifica i pinta la aurora que se entrevee en los horizontes tranquilos, la flor recién abierta, la onda palpitante como el seno de una vírjen enamorada, las ideas voladoras, mariposas de luz del pensamiento, que acarician con sus leves alas la frente esperanzada.

¡Qué pausada está la respiracion del filósofo; ha hecho un movimiento para acomodarse mejor; probablemente despliega alguna arruga que se le ha formado en el pensamiento, o algún botón de mi chaleco le está lastimando la mejilla!

—Seguí, papá.

—¿Cómo le vá con Prometeo, mi amigo?

—Yo no quiero que se la coma el cuervo.

De eso se trata, de eso precisamente se trata. ¿No has visto esas mariposas que acaban de salir, la luz del pensamiento, el triunfo de las ideas, la derrota de las preocupaciones i de los fanatismos, los cuervos de la supersticion?...

El niño estaba visiblemente incómodo con mi alocucion en prosa; la forma ejerce una viva atraccion sobre todas las naturalezas.

El representante de la filosofía moderna, que no ha visto hasta ahora si Dios tiene realmente la barba blanca i larga, ni se ha dado cuenta de por qué Prometeo se ha venido a mezclar en el asunto, quiere por lo menos, seguir de cerca a los caballos de granito, al Ponto, que debe ser un animal feroz, i a otros sujetos igualmente tanjibles de esta historia.

Pero no hai por el momento ni Ponto ni caballos de granito. Ya la voz del gigante no retumba en la montaña, ni tiemblan las nubes, ni se paran los astros a mirar desde los

confines del mundo, con su ojo de cíclope, las miserias de ese pobre diablo, que se llama pensamiento humano.

Hasta la luna, ya que no hay gresca en que no se halle metida alguna mujer, ha soltado su cabellera cana i ha derramado la belleza vieja de sus hebras tibias, sobre la cara aburrída de los mares tranquilos, cómplices en aquel momento de algún buque mercante que los hiende con su quilla de cobre.

De toda la barahunda no queda mas, bien poca cosa por cierto, que unos cuantos recuerdos caducos que la mente desata, como lo hacen las cabezas de los célibes, para consolar su soledad pesimista, con las melancólicas dulzuras de otros tiempos.

Sí, pero los recuerdos como los males, nunca vienen solos; alguna vision del porvenir los acompaña, alguna esperanza infundada, como todas las esperanzas, cuya íntima naturaleza es no realizarse jamás, viene a mezclarse a ellos; alguna ambicion, tormento de corazones, pagaré sin vencimiento, descuento de remordimientos por faltas no cometidas, viene a ponerse en línea, con aquel baúl de desechos ajados que se llama memoria.

Usted cree, señor don Olegario, en el triunfo definitivo del libre pensamiento?

La conciencia humana es como una balanza; si echa usted peso en un platillo, el otro se levanta. Yo creo en algo mas positivo, en el flujo i reflujo de la ciencia social. Si tapa usted un agujero en Europa, el error, como los ratones, abre su cueva en América, en Asia, en África.

Pesa sobre la especie humana un lote de mentiras, de preocupaciones, de inmoralidad disfrazada, que no se pierde, que no se perderá jamás, como no se pierde nada de lo que existe en la naturaleza.

La ciencia es el patrimonio de la minoría, felizmente, pues a no tener ni eso, mal andarían las minorías en este mundo democrático.

Si todos fuéramos pensadores, ¿tendría usted con qué vestir su cuerpo indescrptible i podría usted salir a lucir por las calles, ese jeroglífico que tiene por cara i esa su sonrisa ex-humada, que parece una burla sin contemporáneos, transmigrada de alguna alma antidiluviana?...

Descartes ha abierto un ojo i ha estirado la mano, decidido esta vez, a tomar por su cuenta a Prometeo.

—Detente le dije, que ya vienen las hijas del océano.

Sin detenerse, como corresponde a un pensador de sesenta meses i sin retirar la mano, me miró con sus ojos serenos, i aquella mirada de plata que tienen los retratos al daguerreotipo.

Como ruido levísimo de espuma... como el roce lijero de fantásticas plumas... como murmullo de hojas desprendidas por la tormenta... No eran rayos de luna, ni jirones de niebla desgarrados por el aire liviano, era el coro armonioso de las jentiles hijas del océano, que a la luz del crepúsculo salían de sus grutas azules... No duermas Prometeo, al pasar a su oído murmuraban!...

En silencio absoluto i sin mover el pequeño labio pendiente, Platón deleitado, me miraba con sus ojos metálicos en tanto que un reflejo injénuamente infantil, corría juguetonas carreras sobre su pupila humedecida.

No duermas Prometeo.

Y las ideas fluían de los versos como hojas de rosa, como vólidos de perfumes, como viajes de luz, como lágrimas tiernas, como dulcísimas emociones, encantando, deleitando, suavizando, adormeciendo, como sueños de ángel, como candores, como inocencias, como lluvias de felicidad que derrama sus gotas tranquilas sobre una vida que brota.

—¿A dónde se ausenta de nuevo esa tierna cabeza? ¿A la orilla del mar? Vá a mirar otra vez la tormenta, el huracán desatado, los mástiles viejos de los viejos buques, negros por la distancia, mudos por el terror de las olas que los asaltan?

No, ya no ruje la tempestad; se quedó lejos, en los primeros versos. Las aguas se mecen como la cuna en que duermen los niños, al son de ese silbido tenue i melancólico, dulcísima música que se escapa de su pecho.

Las olas cantan en voz baja, como las madres; modulan esperanzas, se estremecen con el temor de peligros previstos; la luz de los cielos cae sobre las aguas como la mirada curiosa sobre el lecho de rosas i examina con atención, las profundidades del océano, como aquella el porvenir lejano de las ambiciones encerradas en tan frágil cofre. Las olas cantan en voz baja todas las delicias de la tierra, murmuran todas las notas indecisas, vagas como las imágenes de los sueños.

Despierta Prometeo.

I las dulzuras fluían de los versos, como perfumes, como sonrisas, como cariños, como besos castísimos, como promesas; encantando, adormeciendo, deleitando.

Los ojos de plata miraban al infinito, sin rumbo ni expresión, faltos de foco.

★

¿Ha visto usted amanecer, señor Andrade?

Cuando ha trasnochado, cuando no tenía cuarto en que dormir, cuando le cerraban la puerta del colejo o cuando retardado por alguna borrasca juvenil, se retiraba usted lleno de remordimientos i soñoliento, ¿ha oído usted tocar a algún reló metódico, las cuatro de la mañana, con aquella impertinencia con que los relojes de las ciudades avisan a los jóvenes o viejos calaveras, la hora que es, como quien les arroja un reproche al rostro?

En sus paseos ultra-nocturnos, ¿no ha observado usted una ciudad que se despierta?

El gas va perdiendo la intensidad de su luz i cada pico hace esfuerzos para esconder su brillo enfermizo, como si tuviera vergüenza de presentarse tan pobremente ante la

aurora que asoma por el horizonte, a espiar a los mundanos i echarles una lujosa reprimenda de luz sobre la cara.

Primero se oye un ruido, luego otro; se ve a los apagadores municipales, correr de vereda a vereda con su caña larga, como perseguidos por el demonio, punzando el vientre a los faroles, hasta dejarlos mas tristes que una estufa en verano; uno que otro transeúnte aprovecha de la ausencia de sus contemporáneos, para decirse algunas verdades por la calle, hablando solo, como si le durara la cuerda del café o del lecho matrimonial, en el que discutió con su mujer toda la noche, en lugar de dormir; algún industrial apurado que ató a tuestas su carro, se apresura a ganar el pan con el sudor de su frente i el trote pavoroso de su mancarrón; una vieja beata madrugadora se dirige a paso de gato, por contra las paredes, a una iglesia donde se dirá una misa con olor a fraile, según lo acaba de anunciar el lego, con todo el mal humor de una campana perturbada en su sueño; algún octojenario caviloso, desvelado crónico por sus tos secular, abre los postigos viejos de su antigua ventana i asoma una cara de esfinje, para mirar con sus ojos ejipticos si el que llama a la vetusta puerta de su casa fósil, es el lechero que vende leche del rio.

I tras de esto, cien apagadores, mil transeúntes, tres mil industriales, once mil viejas, todos los octojenarios, todos los panaderos, los proveedores de los mercados, los mozos, los viejos, las mujeres, los perros, los caballos, los lecheros saltando a compás, arrodillados sobre un edificio de tarros; los ratones de vuelta a sus albañales, después de haber hecho una visita a sus vecinos i de haberse informado del estado de los negocios de las jentes por los despojos de las cocinas; los dueños de tiendas desiertas que abren las puertas, con el fastidio pausado de una obligacion cotidiana i comienzan a colgar sus atractivos en las paredes indiferentes; los repartidores de diarios i en fin, los vendedores de todo i los compradores de todo, aparecen, brotan, llueven, salen, bajan, pululan, se atropellan, se empujan,

hablan, gritan, llaman, golpean, produciendo un ruido hipócrita, que parece silencio i la algazara humana comienza a las barbas del sol, transformacion de la aurora que ha cambiado de sexo en el espacio de un par de horas.

Pues tal, señor Andrade, su Prometeo se levanta de un sueño de tres siglos i asiste al despertar de la ciudad del libre pensamiento. Las puertas del pasado rechinan i se alzan en tropel las razas estinguidas; todo vive, alienta, todo se expande i reverbera.

La lucha comienza de nuevo, la lucha por la vida. ¡Arriba pensadores, un nuevo dia comienza; el sueño de una noche nos dio aliento i la fuerza en tension en nuestros brazos, busca su aplicacion sobre la tierra! ¡Arriba pensadores, arriba, que ya asoma el claro dia en que el error i el fanatismo espiren!... ...

Aquí hai una imprevision, señor Andrade. Se ha olvidado usted de que tras de un claro dia viene una noche oscura. La escena en que pone usted a su Prometeo desencadenado, es mi ciudad que se despierta para volverse a dormir al poco tiempo.

El error i el fanatismo no espiran; se duermen hasta la noche. El error i el fanatismo duermen de dia, como los buhos; la naturaleza previsora ha impuesto en todo la intermitencia; por eso ha puesto la noche al fin de cada dia i el dia al extremo de cada noche.

No se trata pues de espirar sino de retirarse a cuarteles de invierno, mientras pasan los tiempos dificiles.

Usted no ha de ver cumplidas sus esperanzas, señor don Olegario, i créame, lo siento mucho!

1878.

LA SANTA ROSA

EN EL

RIO DE LA PLATA

Desde que comienza el mes de agosto no se oye en el muelle i en las fondas i tabernas del bajo en Buenos Aires, hablar de personaje alguno del almanaque que no sea santa Rosa. Los que no están en el secreto, sospecharían que se trata de alguna fiesta religiosa a no ser la categoria de los comensales, su profesion i los juramentos católicos, aunque prohibidos por la iglesia, que a modo de adjetivos acompañan el nombre de la santa, al salir de boca de tanto marinero sin nacionalidad o con todas las nacionalidades juntas. Pero como no hai uno solo de los habitantes de esta ciudad que no esté en el secreto, semejante sospecha no tiene lugar, aun cuando se prescindia de los mencionados adjetivos i otros vocablos, en atencion a la cultura poco académica de los que los profieren.

El nombre de santa Rosa ha perdido entre nosotros su significacion celestial, adquiriendo esta otra mas mundana *¡tempestad!* que traducida a todos los idiomas, quiere decir buques perdidos, hombres ahogados, cargamentos averiados, espectáculos horribles i todos los males marítimos imaginables.